

En el aniversario de la tragedia Húngara

Los Rusos se valieron de artimañas para sofocar la rebelión

Bela Kiraly

El gobierno comunista de Hungría me puso en libertad el 5 de septiembre de 1956, justamente siete semanas antes de estallar la rebelión, informándome que quedaría en libertad provisional hasta el 5 de marzo. Yo tenía a la sazón 44 años de edad, había sido general de división del ejército húngaro y había estado encarcelado cinco años, durante cuatro de los cuales estuvo pesando sobre mí la sentencia de muerte. El gobierno de Rakosi me había acusado de espionaje, conspiración y actos de sabotaje. Nunca pude saber a ciencia cierta por qué me libertaron cuando se me imputaban tales crímenes.

(El general Kiraly, militar de carrera de más alto rango entre los que escaparon de Hungría a raíz del levantamiento popular, peleó contra los rusos en la Segunda Guerra Mundial, ingresando después en el Partido Comunista. Sus brillantes servicios durante aquel conflicto le valieron el ascenso a general de división y posteriormente la asignación al cargo de director de la Escuela de Guerra. En 1951 fue encarcelado por resistir la coacción política sobre las fuerzas armadas y expulsado del Partido. Cinco años después recobró la libertad y al iniciarse el levantamiento contra el yugo comunista tuvo el mando de las Fuerzas Revolucionarias de la región de Budapest. Actualmente es presidente del Consejo Revolucionario Húngaro constituido en Estrasburgo, Francia, cuando la rebelión fue dominada por las tropas y tanques soviéticos.

En este artículo publicado en la Revista "Life", el general Kiraly hace un relato detallado de los esfuerzos que hizo para organizar a los patriotas combatientes de Hungría y de las artimañas de que se valieron los rusos para sofocar el levantamiento cuyo éxito parecía completamente asegurado.

Vestido con un uniforme desechado de carcelero, vagué por Budapest tratando de ver a los antiguos amigos que me creían muerto. En los amigos que pude hallar se había efectuado un cambio extraordinario. Algunos de los más entusiastas partidarios del comunismo, miembros del culto Club Petofi, se encontraban ya plenamente convencidos de que sus sueños utópicos jamás se verían realizados. Conocí a muchos estudiantes que expresaban exaltados conceptos sobre la democracia.

El 10 de octubre ingresé en el hospital para una operación quirúrgica y durante mi estancia dichos estudiantes me visitaron con frecuencia. El 22 del mismo mes me hablaron de un plan que estaban debatiendo para congregarse y marchar en manifestación política por la ciudad pidiendo libertad electoral y de palabra a más de otras aspiraciones de este orden. Carecían de jefe, pero la manifestación, inspirada por los acontecimientos de Polonia, me pareció una buena idea.

Todo el mundo sabe lo que ocurrió al día siguiente: Los estudiantes fueron a la estación radioemisora; la policía trató de dispersarlos a balazos, y lo que había principiado como demostración pacífica terminó en sangrienta matanza.

Al poco tiempo empezaron a llegar heridos al hospital en que me encontraba reponiéndome de la operación. Los primeros en llevar eran paisanos, pero después de algunas horas, cuando el pueblo logró proveerse de armas, empezaron a ingresar heridos de ambas partes. El 28 de octubre fueron a visitarme al hospital tres jóvenes amigos, cuyos semblantes reflejaban la gravedad de la situación. Después de cerrar con cuidado la puerta de mi cuarto para evitar que nuestras palabras fuesen oídas desde fuera, se aproximaron a la cama para ponerme al tanto de los acontecimientos. El levantamiento, dijeron, había tenido éxito hasta entonces, pero, para llevarlo a feliz término, se necesitaba expertos dirigentes militares. Ellos estaban dispuestos a nombrarme jefe supremo de los patriotas combatientes si mi salud me permitiera acompañarles. Por toda respuesta me vestí sin perder un momento y después de cerciorarme de que el pasillo estaba libre de enfermeras y médicos que hubieran impedido mi salida, bajé sigilosamente la escalera detrás de los amigos y logré trasponer la entrada principal sin suscitar sospechas. En la calle había dos automóviles esperando. Uno de ellos estaba abarrotado de jóvenes armados de fusiles y pistolas, pero al lado de otro, en que se me había reservado un asiento, había parado un agente policiaco.

En días de disturbios políticos nunca sabe uno lo que puede suceder y la fisonomía del expresado policía era suficientemente ceñuda para hacerle a cualquiera poner pies en polvorosa. El representante de la ley había sido en un tiempo compañero de cárcel donde jamás gozó de muchas simpatías entre los reclusos. Todos sospechábamos que fuera espía del gobierno. Pensé que aquella proposición no fuera más que un lazo que mis enemigos me tendían. Viendo a un antiguo conocido que a la sazón transitaba por aquel lugar le induje a que nos siguiera en automóvil para ver dónde me llevaban y le dije que si no me comunicaba con él antes de que hubiera transcurrido 24 horas podría asegurar que había sido traicionado. Fuimos a través de la ciudad pasando por calles en que había numeroso tanques y camiones averiados. Los edificios habían sido demolidos por el fuego de la artillería y muchos humeaban todavía.

Fuimos al cuartel de la policía, ubicado en la plaza de Deak, donde los patriotas combatientes habían establecido su centro de operaciones. El local estaba atestado a la sazón de mozos harapientos armados de fusiles. En el acto comprendí que mis temores habían sido infundados y procedimos sin dilación a trazar los planes de campaña.

VIGILANCIA SOBRE LOS SUBALTERNOS DE RAKOSI

En veinticuatro horas habíamos ultimado nuestro plan. Como el Ministerio de Defensa del que dependía el ejército y el Ministerio de lo Interior, al que estaba adscrito el cuerpo de policía y guardas de frontera abundaban en partidarios de Rakosi, que no nos inspiraban demasiada confianza, juzgamos conveniente organizar un comité revolucionario, para contenerlos a estricta vigilancia, y un cuerpo de paisanos que desempeñará funciones de guardia nacional. De conformidad con este plan, el comité revolucionario se encargaría de asegurar la lealtad de las expresadas de-

pendencias gubernamentales, la guardia se mantendría preparada para repeler cualquier agresión soviética y el ejército regular mantendría el orden público.

Trazamos nuestros planes, encargué a un ayudante que telefonease al Primer Ministro Nagy para solicitar una entrevista. "Queremos exponer nuestros planes," dije al Primer Ministro. "Díganos si está dispuesto a escucharnos." Nagy respondió que nos recibiría inmediatamente.

La comisión salió de nuestro cuartel general en la estación de policía y se dirigió al elegante edificio del Parlamento en Budapest. En la comisión iban, además de mí, dos periodistas, un joven oficial del ejército, un obrero y dos estudiantes universitarios. Yo me había despojado de mi uniforme de carcelero y me había puesto un viejo capote militar mal teñido de azul oscuro. Monté en un automóvil que partió seguido de dos camiones abarrotados de estudiantes armados hasta los dientes. Yo era el jefe de la comisión y el que tenía más edad de la partida. Cerca de medianoche llegamos a las puertas del Parlamento donde entramos después de dejar nuestras armas y escolta en la puerta.

En una esquina del salón estaba Zoltan Vas, comisario de abastos de Budapest, explicando a un grupo de personas que en la ciudad no quedaba combustible para más de una semana y los comestibles estaban sumamente escasos. En otras de las salas, al Primer Ministro conversaba con un grupo de revolucionarios de distritos rurales. Al fin nos llegó el turno de ser entrevistados. "Su cara me parece conocida," dijo Nagy. Al decirle mi nombre, respondió: "Ahora recuerdo. Celebro que le hayan designado a usted para este cargo. ¿En qué puedo servirles?"

Le mostré nuestras proposiciones escritas y tomó asiento en un sillón para leerlas. Mientras esto hacía, Boltan Tildy, Ministro de Estado, se sentó en uno de los brazos del sillón ocupado por Nagy. Ambos repasaron el documento con la vista y después de sugerir algunos cambios, procedieron a firmarlo.

Salimos ufanos de la entrevista con Nagy con autorización oficial para dirigir los dos ministerios mencionados, constituir una guardia nacional y mantener el orden público.

A eso de la madrugada regresamos al cuartel general donde nos esperaban emisarios del comité revolucionario del ejército.

"Vamos a celebrar una sesión en el Ministerio de Defensa Nacional," me dijeron, "y deseamos que vaya usted allí sin pérdida de tiempo."

"Yo soy combatiente por la libertad," observé, "y carezco de categoría militar."

"Eso será lo que cree el jurado de Rakosi," añadieron, "pero, para nosotros todavía es general y le intimamos que venga sin demora."

Partí en automóvil escoltado por dos camiones cargados de jóvenes armados de fusiles ametralladoras. Esta vez la escolta no quedó esperando fuera, sino que me siguieron a la espaciosa sala principal del Ministerio de Defensa, que estaba atestada de personas. Entre ellas había jefes militares, soldados y paisanos.

OVACION ENTUSIASTA DE LOS CONCURRENTES

Yo conocía a la mayoría de los oficiales que estaban en la sala porque habían sido mis discípulos cuando dirigía la Escuela Superior de Guerra. Al entrar quedó todo en silencio, pero éste duró pocos segundos siendo interrumpido por las aclamaciones de los numerosos concurrentes. Cuando cesó el clamor, el presidente propuso que se me nombrara presidente del Comité Revolucionario del Ejército y preguntó si alguno quería hacer uso de la palabra.

Se levantó para hablar el general Varady, jefe de las fuerzas blindadas y dijo: "Yo fui uno de los jueces que condenó a muerte a Kiraly y no puedo dar mi voto para que sea aceptado antes de que conteste a una pregunta. Durante el juicio, Kiraly confesó que había conspirado y realizado actos de sabotaje convenciéndome con ello de su culpabilidad. Así, por consiguiente, me encuentro verdaderamente indeciso."

Después que hubieron hablado algunos más, un estudiante universitario que llevaba en las manos un pesado fusil se encaramó de un salto al escritorio del presidente y exclamó: "Basta de discusiones. Aquí está el general Kiraly y propongo que se le deje decir lo que quiera." Y volviéndose hacia mí, me preguntó: "General, ¿fue usted, como dicen, espía?" Yo contesté que era impropio de mi dignidad defenderme de las acusaciones viles de la policía secreta, pero que, hablando sinceramente, jamás había sido espía.

Las aclamaciones que siguieron a mis declaraciones fueron más ruidosas que nunca. El presidente anunció que en lo sucesivo sería yo el jefe de los combatientes por la libertad. Los concurrentes ordenaron al procurador general, que estaba allí presente, que revisara mi proceso y, en 24 horas hiciera lo que fuera legalmente necesario para invalidar las acusaciones que sobre mí pesaban y me restituyeran al grado que tenía en el ejército. Así lo hizo, y al día siguiente ejercía de nuevo el cargo de general y la radio-emisora del gobierno anunció mi nombramiento de comandante de las fuerzas armadas de la región de Budapest.

Los acontecimientos sucedían con demasiada rapidez para que una persona pudiera conciliar el sueño. Al cuartel general llegaban todavía informes sobre encuentros armados en diversos lugares y la guardia nacional iba tomando forma. Establecimos un arsenal militar y un sistema de distribución de provisiones, reclutándose 26.000 combatientes por la libertad. El día siguiente, a eso de las doce —30 de octubre— fui a ver al general Janza, Ministro de Defensa Nacional, y le manifesté que estaba dispuesto a aceptar el nombramiento de general en jefe de las fuerzas armadas de Budapest con dos condiciones: la primera, que se asignase un estado mayor propio, y la segunda, que se restituyese en el cargo de 40 generales y jefes de alta categoría que habían sido expulsados del ejército por Rakosi. Janza accedió a mis peticiones.

Conseguí mi nuevo estado mayor casi inmediatamente. El general Imre Kovacs, designado para jefe del mismo, vino a ofrecerme sus servicios y a hacer profesión de lealtad al movimiento emancipador. Yo no le conocía pero no tuve otro recurso que depositar en él mi confianza. Pronuncié un breve discurso ante mi pequeño estado mayor en el que dije: "Mantendremos el orden y celebraremos elecciones libres en Hungría; combatiremos contra todo partidario del fascismo o Rakosiita que comprometa el éxito de la revolución; estaré vigilante y haré arrestar a los que en modo alguno procuren impedir nuestro honrado esfuerzo."

Las cosas parecían salir según nuestros deseos, aunque la restitución de los 40 jefes militares se estaba demorando. Varias veces fui llamado al Parlamento donde trabajaba Nagy con un pequeño grupo de ministros que eran lo que se denominaba su "gabinete íntimo." Los más destacados de ellos eran Zoltan Tildy y Geza Losonczi, Ministros de Estado, y Rerenc Erdei y Janos Kadar, Primeros Ministros interinos. Kadar apenas participó de las discusiones y permanecía largos ratos en silencio con la cabeza inclinada sobre el pecho como esfinge humana.

Después de una de estas reuniones, a primeras horas de la tarde del 2 de Noviembre, vino a visitarme todo excitado el propio Nagy. "Amigo Kiraly," me dijo, "si hubiere un puesto de especial importancia, ése es el que usted tiene. Acabo de recibir una nota oficial del Embajador Soviético en la que manifiesta que en las inmediaciones de la embajada circulan grupos de personas en actitud hostil y si el gobierno de Hungría es incapaz de restablecer el orden se verá obligado a llamar a las tropas soviéticas. Esta nota le dará idea de la gravedad de la reclamación. Si demostramos impotencia para mantener el orden, daremos a los rusos la oportunidad de cometer un nuevo acto de agresión. Deje, por consiguiente, lo que tenga entre manos y vaya allí lo antes posible."

Dí órdenes de que fuera a la Plaza de los Héroes, cerca de la embajada, una compañía de tanques de guerra y envíe al mismo lugar un batallón mecanizado para que operara en conjunción con la otra fuerza. Después monté en un automóvil y partí con toda rapidez con dirección a la embajada.

Cuando llegué al edificio las calles cercanas se encontraban desiertas y nada indicaba que la situación fuese anormal. Toqué un timbre y se abrió la mirilla de la puerta.

"Soy el jefe militar de Budapest," dije, "y deseo hablar con el Embajador."

LA VERSION DEL EMBAJADOR SOVIETICO

Estuve esperando diez minutos al cabo de los cuales me condujeron al despacho del Embajador Yuri Andropov.

"He recibido orden del Primer Ministro para que restablezca el orden," dije, "pero no veo indicios de motín."

El Embajador pareció algo turbado. Dijo que habían llegado a su conocimiento noticias de disturbios, pero que éstos habían terminado. "Los rusos no tienen intención de inmiscuirse en asuntos húngaros," manifestó el Embajador. "Comprendemos bien las dificultades que os confrontan y estamos dispuestos a apoyaros."

Después de dar unos pasos alrededor del escritorio, añadió: ¿"Sabe usted que hemos ofrecido negociar con vuestro gobierno?" Le contesté que lo ignoraba y continuó diciendo: "Nuestro gobierno quiere sacar inmediatamente sus tropas de Hungría y estamos dispuestos a discutir detalles de la evacuación." Yo estaba encantado de oír esto y así se lo hice saber.

El Embajador dijo después: ¿"Tendría la bondad de telefonear inmediatamente al Señor Nagy para preguntarle si ha recibido nuestra proposición?"

"Desde luego," contesté, y levanté el auricular del aparato telefónico que había sobre el escritorio del Embajador. Este tenía comunicación directa limitada a los miembros del gabinete. (Por lo visto, en Hungría el Embajador soviético disfrutaba de los mismos privilegios que éstos.) Me contestó el mismo Nagy.

"Me encuentro actualmente en la Embajada Soviética" le dije, celebro manifestarle que no hay disturbios. Este problema está resuelto. Sin embargo, el Embajador, que está a mi lado, desea saber si ha recibido usted su nota." Nagy contestó afirmativamente a mi pregunta.

"El asunto es urgente," declaró Andropov, "y nos agradaría que, aunque sólo sea por teléfono, nos dijera el Primer Ministro si está conforme en facilitarnos una lista de los miembros del comité y en fijar una fecha para la celebración de la primera reunión." Transmití el mensaje a Nagy que respondió:

"Accedo a la proposición y me place informar al Embajador que esta misma tarde celebraremos la sesión en el edificio del Parlamento. También le hago saber que usted formará parte de la delegación."

Andropov me congratuló y salí de la estancia. Estábamos a 2 de noviembre.

Aquel día me sentía sumamente satisfecho y me pareció que hasta la matanza de que había sido objeto nuestro pueblo y destitución que había sufrido la ciudad no habían sido en vano. Las fuerzas soviéticas evacuaban a Hungría. Habíamos contenido al enemigo interno y al parecer estábamos bastante fuertes para consolidar las ventajas obtenidas con el levantamiento patriótico. Se estaba formando un gobierno de coalición y la ocasión era de trascendencia histórica. Aquella misma noche, como si quisieran dar pruebas de sus buenas intenciones, los rusos retiraron de nuestro aeródromo 200 de sus mayores aviones, y los enviaron con dirección a la frontera soviética. Al propio tiempo, los tanques de guerra circulaban ostentosamente por las calles preguntando cuál era el camino más directo para salir de la ciudad.

Estando así las cosas, los rusos propusieron que se aplazaran las negociaciones hasta el tercero del mes. Para entonces yo había sido excluido del comité de negociaciones. Nagy era de opinión de que yo debiera continuar al mando de las tropas. El general Pal Maleter, que había substituído a Janza como Ministro de la Defensa Nacional, permaneció en el comité.

El día 3 de noviembre, por la tarde, fuí al Parlamento y me encontré con Maleter que salía de la sala de reuniones del comité. "¿Cómo van las cosas?" le pregunté, y él me respondió: "Por buen camino."

LAS FUERZAS SOVIETICAS EVACUARAN A HUNGRÍA

Volviendo al Parlamento por la tarde me encontré con otro miembro del comité, el general Istvan Kovacs, jefe de Estado Mayor del Ejército, y le hice la misma pregunta. "Está casi convenido," me contestó. "La Unión Soviética empezará por evacuar las fuerzas armadas de Hungría, pero, con el fin de evitar que se desorganizaran las comunicaciones, las tropas se retirarán gradualmente. En tercer lugar, las guarniciones húngaras no rehusarán provisiones de boca y combustible a las tropas soviéticas. El plan de retirada será formulado para evacuar el territorio húngaro duran-

te la temporada de invierno y la nación deberá tener paciencia. Las tropas no podrán partir hasta el 15 de enero. Terminan diciendo que el Ejército rojo no tenía intención de atacar al pueblo húngaro y sólo actuaron a instancias del gobierno de Hungría. De todo esto se desprende que la evacuación no sólo debe ser pacífica, sino también amistosa. Las tropas deberán partir en espíritu festivo y los húngaros deberán vitorearlos a su paso por las calles."

El comité, de acuerdo con el general Kovacs, había accedido en realidad a todas las proposiciones soviéticas, incluyendo la referente a la despedida cordial, pero insistía en que la fecha de partida se adelantase un mes. La reunión continuaría aquella noche en el cuartel general soviético de Tokol ubicado en la isla de Capel, en el Danubio.

Todo esto no era más que pura farsa que servía para poner de manifiesto la doblez soviética, porque en aquel preciso instante, las divisiones motorizadas rusas estaban estableciendo dos bases de operaciones, una en la carretera que enlaza a Moscú con Budapest y la otra en la vía principal de comunicación entre Budapest y Szeged movilizandando de este modo fuertes contingentes de guerra. No obstante estas actividades bélicas, los agentes soviéticos me informaban todavía a las 11 de la noche del 3 de noviembre, por mediación de Maleter, que la situación era normal. Tanto éste como yo fuimos víctimas del más cruel engaño. Sin haberme dado cuenta de éste dije a los oficiales de mi Estado Mayor: "Ahora me voy a descansar y no quiero que me despierten hasta las 9 de la mañana." Me fui a casa de un amigo donde me acosté.

Mi lugarteniente tenía órdenes de mantenerse en comunicación con Maleter. Este se hallaba todavía "en conferencia" en la isla de Asepel y el teléfono no respondía. Mi lugarteniente envió inmediatamente a la isla una radioemisora transportable y como medida de precaución se utilizó un transbordador en vez del puente para llegar allí. El oficial a cargo de la radioemisora estuvo constantemente transmitiendo informes como éstos: "En este momento entramos en el transbordador... ahora cruzamos el Danubio... Ya hemos llegado a la isla... diviso las luces de Tokol... ya nos vamos acercando al cuartel general..."

Después de esto cesaron los informes.

Me llamaron de nuevo al cuartel general. Aunque los teléfonos de la isla no respondían a nuestras llamadas, los de mi cuartel general sonaban cada vez con mayor frecuencia. Se nos comunicaba que las tropas soviéticas estaban en marcha por todos los caminos y los tanques habían asaltado los cuarteles de Kiskunhalas haciendo prisioneros a los soldados que estaban entregados al descanso.

PROHIBICION DE HACER FUEGO

De repente empezaron a precipitarse los sucesos. Los tanques soviéticos entraron en la ciudad inquiriendo el camino para llegar a las afueras como habían hecho la noche anterior, pero haciendo caso omiso de los informes que les daban los vecinos fueron derechos al cuartel de Kilian y al Teatro Corvin, dos de los principales puntos de resistencia de los luchadores patriotas, y enfilaron los cañones de sus tanques contra ellos. A eso de las cuatro de la madrugada cogí el auricular del teléfono que me comunicaba directamente con el Primer Ministro y después de informarle

que la ciudad estaba siendo invadida por las fuerzas soviéticas, le pedí autorización para hacer fuego. Sin embargo, las complicaciones “negociaciones” soviéticas empezaban a demostrar su verdadera utilidad. “No, no, de ningún modo,” dijo Nagy. “Serénese. El Embajador Soviético está en este momento en mi despacho hablando con Moscú. Por lo visto ha habido algún error. No hagan fuego.”

Sorprendido por la respuesta de Nagy colgué el receptor, pero, al notar que el estampido de los cañones soviéticos sonaba cada vez más cercano al cuartel general, volví a telefonar al Primer Ministro.

Preso de la emoción le dije a Nagy: “Oiga el fuego. Usted mismo podrá sentir el estampido de los cañones. Por favor, deme orden de que conteste el fuego.”

“Su deber,” me dijo Nagy, “es obedecer las órdenes que se le den, guardándose de obrar por propia iniciativa.” Estas razones no permitían réplica pues comprendí que en mi categoría de soldado no tenía derecho de lanzar a mi país a la guerra.

Diez minutos después de esta conversación oí el rodar pesado de los tanques soviéticos. Arriesgándome a mirar por la ventana observé que una fuerza de tanques se aproximaba al edificio del cuartel general. Llevaban las luces encendidas y las escotillas cerradas. No pude resistir a la tentación de llamar de nuevo a Nagy. “Los tanques están pasando debajo de mi ventana,” dije con tono apremiante. “Le diré cuantos son. Uno... dos... tres... ocho. No estamos siendo atacados por ellos pero veo que marchan en dirección a su edificio.”

“Muchas gracias,” contestó, “No es necesario que me dé nuevos informes.”

Apenas había transcurrido media hora le oí decir por radio: “En las primeras horas de la madrugada las tropas soviéticas emprendieron un ataque contra la capital con el obvio propósito de derrocar al gobierno húngaro. Nuestros soldados están ahora combatiendo. La nación está en guerra. “Por fin,” me dije, se me ordena hacer fuego.

Llamé por teléfono a mi lugarteniente, el general Imre Kovacks, que estaba en el Ministerio de Defensa, y le dije que diera orden a nuestras tropas para que abrieran fuego contra los opresores soviéticos.

El general Kovacs me respondió que no comprendía lo que quería decir.

“Le ordeno,” respondí, “que en su categoría de jefe del Estado Mayor transmita las órdenes necesarias para abrir fuego contra el invasor soviético.”

ENTONCES ME CONVENCÍ DE QUE HABÍA SIDO TRAICIONADO

Entregó el teléfono al teniente general Jaza que, hasta el nombramiento de Maleter el 3 de noviembre, había sido Ministro de Defensa y ya no me quedaron dudas de que había sido traicionado. “¿Qué hace usted en mi cuartel general?” pregunté. “Usted ya no tiene autoridad. Usted ya no es Ministro. Usted no es nada.”

“Estoy aquí en compañía de numerosos amigos,” dijo. “Pandillas de elementos fascistas andan recorriendo la ciudad asesinando a honrados patriotas. Le intimo a que venga al cuartel general y dé órdenes a las unidades del ejército para combatir contra estos grupos y hacer que desistan de resistir a nuestros amigos soviéticos.”

“No se nada de pandillas fascistas,” repliqué, “pero en cambio puedo oír claramente el estampido de cañones soviéticos. Obraré como me ha ordenado el Primer Ministro Nagy. Estamos en guerra con los rusos.”

“Esto significa que ha llegado el momento de romper nuestras relaciones,” dijo.

Era evidente que nada se podría esperar del ejército. Sus jefes nos habían traicionado. Todo dependía ahora del pueblo.

El mundo entero conoce los prodigios de valor que hizo nuestro pueblo. Nosotros los combatientes por la libertad huimos a los montes y desde ellos vimos la saña con que el enemigo atacó nuestra ciudad. Los enemigos eran mucho más numerosos que nosotros y su fuerza era abrumadora. Parecía que los rusos demolerían la ciudad y aniquilarían a sus habitantes. Algunos de los estudiantes que peleaban a nuestro lado empezaron a sospechar que su persistente resistencia no tenía otro efecto que el de prolongar el holocausto. Celebraron una reunión al pie de una montaña al este de Budapest llamada de la Libertad. Muchos de ellos expresaron la opinión de que del sacrificio serían ellos principalmente responsables y dejando las armas se volvieron a sus casas.

El resto de nosotros continuamos combatiendo hasta el 10 de noviembre pero perdimos contacto con los otros grupos de patriotas y comprendimos que jamás triunfaríamos independientemente. Finalmente perdimos la esperanza de que nos ayudaran desde fuera y yo decidí salir de mi país. Cómo logré hacerlo, no puedo revelarlo.

